ORAR EN EL MUNDO OBRERO

31º Domingo del Tiempo Ordinario • 3 noviembre 2024 • www.hoac.es

Dt 6, 2-6: *Escucha, Israel: Amarás al Señor con todo el corazón.*

Sal 17, 2-3a.3bc-4.47.51ab: *Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.*

Hb 7, 23-28: *Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa.*

Mc 12, 28b-34: *No estás lejos del reino de Dios.*

«Fratelli tutti», escribía san Francisco de Asís para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio. De esos consejos quiero destacar uno donde invita a un amor que va más allá de las barreras de la geografía y del espacio. Allí declara feliz a quien ame al otro «tanto a su hermano cuando está lejos de él como cuando está junto a él». Con estas pocas y sencillas palabras expresó lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite.

–Papa Francisco, FT 1

Ahora me doy cuenta de que mi amor a los hermanos es pura palabrería, que no puede ir más allá de ciertas exterioridades convencionales, vacías de sentido íntimo y profundo. Porque, ¿cómo podré amarles, si no les conozco? Ya que no podré nunca conocerles si no pongo en ellos el centro de mi atención, en vez de ponerlo en mí mismo, como he hecho siempre. Ahora me doy cuenta de que toda mi edificación sobrenatural la he querido construir sobre la arena seca y árida de mi egocentrismo.

–Rovirosa, OC TII, 119s

Del libro del Deuteronomio (6, 2-6)

En aquellos días, habló Moisés al pueblo, diciendo:
–«Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te digo».

Hemos escuchado uno de los textos más emblemáticos del *Antiguo Testamento* para los judíos. Aparece aquí la famosa «*Shemá Yisrael*»: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas».

Todo israelita piadoso, cada día, por la mañana, por la tarde y antes de acostarse recita estos versículos; es la oración, no solo importante, sino querida y proclamada con amor por los creyentes judíos. La amarran en una cajita (filacterias o *tefelín*) en su frente o en su brazo. Y también se coloca en un recipiente en las jambas de las casas (*mezuzá*). Es una adhesión a la Palabra de Dios no solo intelectual, es con todo el cuerpo, con el corazón, con todo el ser. El pueblo judío expresa con pasión esa escucha y adhesión al Dios único.

Salmo Responsorial (17, 2-3a.3bc-4.47.51ab)

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

Yo te amo, Señor, mi fuerza.
El Señor es mi roca, mi defensa y el que me libra;
mi Dios, la roca en la que me refugio y mi escudo,
mi fuerza salvadora y mi fortaleza.
Invoco al Señor, digno de alabanza,
y él me salva de la gente enemiga.
¡Viva el Señor, bendita sea mi roca,
sea glorificado Dios mi salvador.
Tú aseguras al rey la victoria,
y otorgas tu favor a tu ungido,
a David y su descendencia para siempre.

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza.

De la carta a la Comunidad hebrea (7, 23-28)

Tal es, en efecto, el sumo sacerdote que nos hacía falta: santo, inocente, sin mancha, separado del pecado y elevado por encima de los cielos. Él no tiene necesidad, como los sumos sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios por sus propios pecados antes de ofrecerlos por los del pueblo, porque esto lo hizo de una vez para siempre ofreciéndose a sí mismo.

En las culturas antiguas y en concreto, de forma clara en el pueblo de Israel, el sacerdote era un mediador entre Dios, el tres veces Santo, y el ser humano.

Jesús no pertenece a esa institución, de ninguna de las maneras, ni sus actividades y, por supuesto, su muerte no le daba ninguna posibilidad de tener nombramiento sacerdotal; y Jesús, por otra parte, nunca pretendió ejercer ninguna de las funciones del sacerdocio judío. Jesús se colocó en la tradición profética y en claro enfrentamiento con el orden establecido sacerdotal.

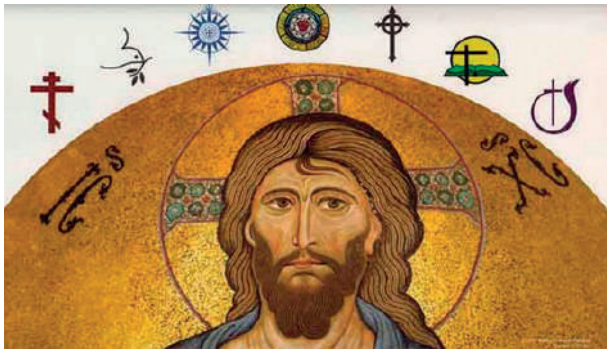
Sin embargo, la carta a la comunidad hebrea nos presenta a Jesús como Sumo Sacerdote, su vida, la última cena, su muerte y su resurrección abren la puerta para presentar a Jesús como Sumo Sacerdote, pero no tiene nada que ver con el culto, nos revela una nueva forma de serlo: «testigo misericordioso y digno de fe» por la entrega de la propia vida, como dice la carta. En ella se nos revela una nueva forma de entender el sacerdocio y la mediación y es una ruptura, clara y contundente, con el sacerdocio del Templo.

¿No cuestiona esta carta la utilización de la palabra sacerdocio para quienes nos llamamos cristianos? El cristianismo primitivo evitó el uso del término sacerdocio para hablar de los ministerios en la Iglesia. El sacerdocio cristiano es el de Jesús y no olvidemos que él era un laico, y todas y todos, por el bautismo somos sacerdotes.

«Creer es solo amar, y nadie puede y debe ser creído si no es el amor. Este es el peso, la "obra" de la fe: reconocer ese *prius* absoluto e insuperable. Creer es amar, amar absolutamente. Y esto como fin y sin que exista nada detrás»[1] (*Solo el amor es digno de fe*).

[1] «Solo el amor es digno de fe», de Hans Urs von Balthasar 93-94.

Oración cristiana ecuménica



Dios nuestro, Trinidad de amor,
desde la fuerza comunitaria de tu intimidad divina
derrama en nosotros el río del amor fraterno.
Danos ese amor que se reflejaba en los gestos de Jesús,
en su familia de Nazaret y en la primera comunidad cristiana.

Concede a los cristianos que vivamos el Evangelio
y podamos reconocer a Cristo en cada ser humano,
para verlo crucificado en las angustias de los abandonados
y olvidados de este mundo
y resucitado en cada hermano que se levanta.

Ven, Espíritu Santo, muéstranos tu hermosura
reflejada en todos los pueblos de la tierra,
para descubrir que todos son importantes,
que todos son necesarios, que son rostros diferentes
de la misma humanidad que amas. Amén.

Papa Francisco, final de la *Fratelli tutti*

Lectura del evangelio según san Marcos (12, 28b-34)

Un maestro de la ley que había oído la discusión y había observado lo bien que les había respondido se acercó y le preguntó:

–¿Cuál es el primer mandamiento de todos?

Jesús contestó:

–El primero de todos es este: Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento más importante que estos.

El maestro de la ley le dijo:

–Muy bien, Maestro. Tienes razón al afirmar que Dios es único y que no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

Jesús, viendo que había hablado acertadamente, le dijo:

–No estás lejos del reino de Dios.

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Comentario

Del final del capítulo 10 de Marcos saltamos al 12, Jesús y sus discípulos ya en Jerusalén y en polémica con la ortodoxia judía.

Los escribas o maestros de la ley eran personas muy respetadas, eran los teólogos del judaísmo, era gente muy preparada, tenían que saber de memoria todo el Pentateuco y todas sus interpretaciones, y, para poder ejercer, ya tenían que ser hombres maduros por encima de los 40 años. Eran, también, los encargados de escribir, copiar los libros sagrados. Y es un escriba el que se dirige a Jesús para hacer una pregunta después de haber observado cómo, en la explanada del templo, Jesús se desenvolvía en debate con sacerdotes, fariseos, saduceos...

Cuando lo central para un judío piadoso era cumplir la ley a rajatabla y la ley tenía 613 preceptos de los cuales 248 eran mandatos y los 365 restantes eran prohibiciones, más la cantidad de prescripciones, la pregunta era lógica y de interés.

Era normal, y hay registros históricos muy antiguos, donde se intenta dilucidar que preceptos eran los más importantes. El escriba, que se dirige a Jesús buscaba una respuesta también a esa pregunta. Estaba asombrado con la sabiduría de Jesús, cómo se desenvolvía en las confrontaciones con las autoridades religiosas de su pueblo. Seguro que buscaba lo importante y simplificar la relación con Dios, simplificar la experiencia de encuentro con Dios... simplificar la vida intentando hacer la voluntad de Dios, pero con esa sospecha de que la voluntad de Dios no podía ser tan complicada que le agobiara y le llenara de escrúpulos.

Jesús le contesta y tiene dos elementos la contestación, por una parte, solo habla de amor y por otra parte no contesta solo con la *Shemá*, que para un judío sería suficiente, sino que le responde con un segundo mandamiento que saca del libro del Levítico (19,18): el amor al prójimo. No es solo amar a Dios como bellamente lo recitan los judíos, sino que, tan importante como ese, es amar al prójimo como a uno mismo. Y no es uno primero y el otro después, son los dos complementarios y necesarios. Este planteamiento es radical, su profundidad se nos hace patente cuando escuchamos la parábola del buen samaritano. Y las primeras comunidades sabían que estaba en el ADN de quien siguiera a Jesús: «Si alguien dice: "Yo amo a Dios" y odia a su hermano o hermana es una persona mentirosa; pues quien no ama a su hermano o hermana a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandato: que el que ama a Dios, ame también a su hermano o hermana» (1Jn 4, 20-21).

La persona creyente cristiana sabe que su fe tiene implicaciones sociales y políticas. Que su espiritualidad está atravesada por el otro, por la otra. Es una espiritualidad «con carne»[2], «una mística de la proximidad»[3]. La realidad, la historia, la vida, las personas empobrecidas, explotadas... son

[2] Jesús Martínez Gordo. *Entre el tabor y el calvario. Una espiritualidad «con carne».* Ediciones HOAC 2021.
[3] Mariola López Villanueva. Madeleine Delbrêl. *Una mística de la proximidad.* Sal Terrae 2019.

lugares de encuentro con el Dios de Jesús. «Porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber...» (Mt 25, 35ss).

Y debe ser, tiene que ser, un amor eficaz capaz de cambiar las estructuras generadoras de desigualdades en la fraternidad humana y cristiana.

«Ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos», decía el obispo de Hipona, san Agustín. Cuando el amor es como el que Jesús nos enseña, todos los mandamientos sobran porque el amor da frutos de amor, no daña, no se aprovecha de los demás y es capaz de dar la vida por los otros.

Los cristianos aportamos un criterio hermenéutico importante en las relaciones personales, en la política, en la economía, en la vida social que constantemente revisa las decisiones que se toman, las leyes que se dictan, las relaciones entre capital y trabajo, entre el capital y la naturaleza. Porque el amor y, sobre todo, el amor al prójimo y al prójimo de Jesús, que son las personas últimas y empobrecidas, es capaz de hacer toda una revolución en la sociedad donde las personas son lo más importante, lo primero.

Pero hay un elemento importante a tener en cuenta, quienes seguimos a Jesús lo hacemos desde un «nosotros-nosotras» que vive la fraternidad como modo de ser y signo del Reino, somos comunidad samaritana, no somos solo hombres y mujeres buenos que amamos al prójimo en un buenismo angelical individualista, somos comunidad fraterna con pretensión de ser referentes de una propuesta de Reino que intentamos hacer visible y real ese amor al prójimo y, por lo tanto, podemos decir «¡vengan y vean!» (Jn 1, 38-41) es posible amar al prójimo como a ti mismo, es posible otro mundo, es posible la fraternidad.

> *La Iglesia «tiene un papel público que no se agota en sus actividades de asistencia y educación» sino que procura «la promoción del hombre y la fraternidad universal». No pretende disputar poderes terrenos, sino ofrecerse como «un hogar entre los hogares –esto es la Iglesia–, abierto [...] para testimoniar al mundo actual la fe, la esperanza y el amor al Señor y a aquellos que Él ama con predilección.*
>
> –Papa Francisco, FT 276

Para creer en ti
hay que tener hambre,
pues vives en el pan tierno
que se rompe y comparte
en cualquier casa, mesa y cruce,
entre hermanos, desconocidos y caminantes.

Para creer en ti
hay que tener hambre,
pues tú eres banquete de pobres
y botín de mendigos,
que vacíos, sin campos ni graneros,
descubren que son ricos.

Para creer en ti
hay que tener hambre,
hambre de vida y justicia
que no queda satisfecha
con vanas, huecas, *lights* palabras,
pues, aunque nos sorprendan y capten,
no nos alimentan ni satisfacen.

Para creer en ti
hay que tener hambre,
pues sin ella olvidamos fácilmente
a los dos tercios que la tienen,
entre los que tú andas perdido
porque son los que más te atraen.

Para creer en ti
hay que tener hambre,
y mantener despierto el deseo
de otro pan diferente al que nos venden
en mercados, plazas y encuentros
donde todo se compra y vende.

Para creer en ti
hay que tener hambre
y, a veces, atragantarse al oírte
para descubrir la novedad
de tu presencia y mensaje
en este mundo sin ilusiones.

Florentino Ulibarri

«Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y de servirte con todas nuestras fuerzas»